

Humboldt o el viaje a lo inanimado*

José Vericat

I

La revista *Allgemeine Geographische Ephemeriden*, editada por el astrónomo Von Zach, maestro de Alexander von Humboldt, informaba con cierta regularidad sobre la obra y viajes de éste, y así lo hacía también a lo largo del año 1799. Pero este mismo año informaba también con una cierta profusión de datos sobre Alejandro Malaspina, su expedición y su suerte —si bien un tanto tardíamente, ya que dicha expedición había regresado hacía ya cinco años de su periplo americano y filipino. En tal año, hacia finales del invierno de 1799, Humboldt llegaba a Madrid, y de la mano de Mariano Luis de Urquijo, con fama de volteriano, recién nombrado ministro tras los ceses de Saavedra y Jovellanos —éste último más bien anglófilo—, lo introducía al rey Carlos IV, entonces en Aranjuez, que le otorga un amplio visado y apoyo para llevar a cabo un viaje de investigación por las colonias americanas. Humboldt iba así a iniciar una expedición por la América española, cuyo recorrido no deja de sorprender por la similitud con el emprendido diez años antes por la expedición española —exceptuando la parte del cono sur y la costa del Noroeste. Un aspecto de la cuestión es el conocimiento que Humboldt, durante su estancia en Madrid, llega a tener de tal expedición —al margen del que necesariamente tenía ya, pues las revistas, periódicos y cancillerías europeos habían informado en su momento ampliamente sobre la misma.

En su *Viaje a las regiones equinociales del Nuevo Continente*, cuyo bicentenario celebramos, Humboldt habla claramente de sus contactos en Madrid con el entorno de los científicos del Jardín Botánico. Nombra a Cavanilles y Casimiro Ortega, a los estudiosos de la flora del Perú, Ruiz y Pavón, a los de la de México, Sessé, Mociño y Cervantes. De estos últimos dice conocer sus dibujos depositados en el museo de ciencias naturales que dirige Clavijo. También tiene contacto con investigadores como Pourret,

* Dedicó este texto sobre Alexander von Humboldt a la señora Almud Lessmann, bibliotecaria del Instituto Alemán de Madrid, en agradecimiento por sus más de veinticinco años volcada en ayudar a los estudiosos y curiosos españoles en la cultura alemana.

Proust y Hergen, residentes en Madrid. Y conocerá muy bien al francés Louis Néé, que había participado como botánico en la expedición Malaspina. La información recogida sobre dicha expedición era pues de primerísima mano. Pero es difícil pensar que una personalidad con la curiosidad y facilidad de contactos de Humboldt se contentase sólo con los datos que tales investigadores pudiesen suministrarle, cuando, como era sabido, el grueso de la documentación aportada por aquella expedición se encontraba archivado en el *Depósito Hidrográfico* de Madrid. De hecho, Humboldt reconoce haber tenido acceso a éste, y haber consultado aquélla, tal como se desprende de alguna que otra referencia a la misma, citada en sus obras.

En Madrid estaban también los principales pintores que habían participado en la expedición, tanto de paisajes (Brambila y Ravenet), como de botánica (Guío) y grabado (Selma). Uno de los pintores más peculiares, residente en México, Tomás de Suria, fue uno de los que *esculpió* para grabado algunas de las *invenciones* hechas por Humboldt, quien, dicho sea de paso, controlaba muy directamente un equipo cercano a cincuenta artistas dedicado a las tareas pictóricas de su viaje. No parece haber alusiones a contactos de Humboldt con aquellos pintores; pero cuesta creer también que un investigador que tantísima importancia daba a la pintura en su metodología científica, no se informase asimismo sobre las importantes pinturas de la expedición, tanto por la variedad de su temática, como por la calidad de sus autores. Alejandro Malaspina, al fin y al cabo, compartía con Alexander von Humboldt la idea de que la pintura era compañera indispensable de la narrativa expedicionaria. En suma, cuando Humboldt, una vez en Madrid, plantea su itinerario a seguir (Colombia, Perú, Chile, México, Filipinas) es difícil no pensar que no tuviese presente el periplo de la expedición española al mando del oficial italiano, cuyas huellas parece en cierta manera seguir.

Charles Minguet, en su voluminoso trabajo *Alejandro de Humboldt, historiador y geógrafo de la América española 1799-1804*, defiende la idea de que cuando Humboldt parte hacia España lo hace con el proyecto de dirigirse a Egipto a través del norte de África. El mismo Humboldt, en una carta dirigida a Willdenow, uno de sus maestros en Alemania, desde Aranjuez, explica que tras un intento frustrado de embarcarse en Marsella para dirigirse a la costa africana, entra en España a lo largo de la costa mediterránea, llegando hasta Murcia, y de ahí se dirige entonces a Madrid.

Aunque no era, sin duda, imprescindible, la costumbre inveterada entre los viajeros europeos que tenían desde un principio como objetivo Madrid, era la de entrar por Irún –por la costa cantábrica. Si como parece probable, de acuerdo a los propios testimonios de Humboldt, y tal como opina Min-

guet, el viaje se lo plantea ya en Madrid, parece bastante plausible que la información recabada respecto de la expedición española jugase un papel cuanto menos significativo en su decisión de abordar el proyecto de una expedición a la América equinoccial. Posiblemente suene descabellado el plantearlo así, dada la desigual fama con la que ambos personajes, Humboldt y Malaspina, han pasado a la posteridad. Pero los datos de su estancia en Madrid son algo más que indicios –aun cuando queda mucho por investigar todavía al respecto en los archivos madrileños–, lo que hace que la hipótesis de tal conexión entre una expedición y otra sea algo más que una mera verosimilitud.

La expedición Malaspina había durado de 1789 a 1794, es decir casi el mismo lapso transcurrido entre la muerte de Carlos III y los primeros años de reinado de Carlos IV, en que tiene lugar la guerra de los Pirineos. El fin de la guerra significó el inicio de una etapa en la que el Directorio francés influía muy directamente en el gobierno de Madrid –casi como en los tiempos de la Princesa de los Ursinos, a primeros del XVIII, cuando España era gobernada desde Versalles. A este respecto, hay que tener en cuenta que las expediciones científicas reeditaban una suerte de conquista en el contexto del nuevo orden económico, que se había abierto con la soterrada lucha por el control del Pacífico al menos desde Cook, continuando y desarrollando, de alguna manera, el principio de *mare libero* de Grotius. En este sentido los gobiernos europeos estaban muy interesados en la organización de este tipo de expediciones a América y el Pacífico. Especialmente, el Directorio francés, ya que la expedición de La Pérouse se había saldado de hecho con un fracaso. El empeño del Directorio francés era organizar otra, cuya dirección en un principio habían querido dar al viejo Bougainville, y a la que habían invitado a incorporarse a Humboldt. Éste había asentido entusiasmado; pero el plan fracasó. De ello habla Humboldt en la misma carta a Willdenow, en la que le comunica desde Aranjuez su plan de ir a las colonias españolas de América. El plan del Directorio era recorrer Paraguay, la Patagonia, Perú, Chile, México, California y los mares del Sur, para regresar por África. Exceptuando esto último, era el trayecto de la expedición española *avant la lettre*. Humboldt no oculta la importancia, para la viabilidad de su viaje, de los cambios ministeriales en el gobierno español arriba mencionados, en los que habrían tenido un papel determinante las influencias francesas. De forma confusa insinúa en esta misma carta el papel que éstas han podido tener en el rápido ascenso del ilustrado Urquijo, y que él mismo aparentemente podría haber pergeñado. De la Roquette confirma en su introducción a la *Correspondencia de Humboldt*, que este viaje llega a realizarse «gracias a la